

Nostalgia de Borges

ÁLVARO URIBE



1.
Ciertos recuerdos me consuelan de saber que ya tengo cuarenta y tantos años. El más universal, por llamado de alguna manera, corresponde al día del remoto 1966 en que el primer satélite artificial destinado al comercio de las comunicaciones enlazó a los televidentes de todo el planeta en una emisión interminable en la que, entre las muchas señales que cada país transmitió a los demás, los adolescentes de aquella época en el mundo entero podíamos ver y oír al mismo tiempo, como si nos halláramos juntos en un salón descomunal, a los Beatles tocar "All you need is love". Esa inaugural transmisión en vivo fue la primera experiencia ecuménica que comprobable y simbólicamente posibilitó la humanidad. Yo estuve allí, o mejor dicho: estuve entonces. Aún conservo una devoción panista por el *Plano esotérico* que me otorgó el milagro de verme parte de alguien más.

Mi nostalgia en aquellos años era sin embargo intuitiva y yo identificaba lo milagroso con lo irrepetible. Comencé a dudar de esa trascendencia exactamente el 20 de julio de 1969, fecha en que otra vez frente al televisor, una vez en la compañía virtual de cientos de millones de espectadores pasmados o incrédulos, y esta vez con ocho minutos y pico

de explicable retraso, prestigió la llegada del hombre a la Luna. Aunque la profanación y el astronauta saltaban a la vista, todavía me resistí a desengañarme. Para salvar el dogma descoliqué la reiteración del prodigio atribuyéndola a la uniformidad de las leyes científicas, a la monotonía de la técnica, a la inhumana eficacia de Neil Armstrong. Pero la trivialización de lo insólito era irreversible y no fui el último en sucumbir. Ya no sabía por qué se ocurrió cuando el *Ayer* 12 o más bien el 14 refrendó la hazaña. Lo cierto es que esa tarde, como tantas otras víctimas de la costumbre, cambié de canal. De ahí en adelante "pasé" de la televisión y en general de las máquinas para ejercitarme en el panteísmo.

Era el principio de los setenta, que coincidí con el final de mis años diez. Yo empezaba a leer con una avidez que siempre iba a ser tardía y sin con método que el día. De referencia en referencia tropecé con un libro que, para tropezar lo que dijo Kant de Hume, rompió realidad a mi sueño dogmático. Se trataba de una colección de diecisiete cuentos fantásticos publicada en 1949. El último, que prosaba su título al volumen, me sobresaltó desde la frase inicial: "La candelera mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una impetuosa agitación que no se dejó un

2
solo instante al sentimentalismo ni al miedo..." Hoy me conmueve el remate de una mujer todavía joven que se mara me importunable ante su temprana muerte, pero entonces mis hábitos septentrionales se dejaron sorprender por la mención del verano austral. Quién sabe cuánto entendí por lo demás en esa primera lectura. Bastó en todo caso para percatarme en retrospectiva de que en 1966 me había asomado a un Aleph electrónico. Bastó también para convertirme, en la aceptación religiosa del verbo, en seguidor de Jorge Luis Borges.

2
Sería bastante enumerar todo lo que le debo, todo lo que le debemos quienes lo leíamos con la atención que suele prestarse no a los escritos sino a las escrituras. Augusto Monterroso, romancero munista de este culto, recuerda en un ensayo ejemplar que al descubrir en los cuarenta el español de Borges sintió lo que habría sentido si viera, en la calle, con vida y con plena salud, a un individuo que creía muerto desde mucho tiempo atrás. Yo en los setenta sentí que, junto al de Borges, el español de otros escritores hispanoamericanos era un fantasma. Había por supuesto y sigue habiendo excepciones: considerables narradores, ensayistas y poetas mu-

La Gaceta (México) JUN. 1996

AUTORÍA

Uribe, Alvaro

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nostalgia de Borges [artículo] Alvaro Uribe. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile